

Benedicto Chuaqui

Recuerdo de Domingo Melfi

Muchas veces al venirse a mi mente el recuerdo de la muerte, he pensado en que uno de los dones, o raro privilegio quizá, con que la naturaleza me ha dotado es el de no sentir esa angustia, ese anticipado dolor ante el misterio del más allá; ante la inminencia de ese término que seguramente es el de volver a reintegrarnos a la tierra de donde surge toda palpitación de vida, de belleza y de amor.

Esa calma, esa serenidad, esa quietud espiritual ante el gran misterio, no es por cierto estoicismo, ni indiferencia, ni frialdad de temperamento para apreciar los fenómenos que afectan a nuestra condición humana. Es tal vez herencia de razas que vivieron milenios, en la íntima convicción de que la vida es un tránsito hacia una transformación que posiblemente habrá de ser más bella y más pura. El espíritu existe y libre de su grosera envoltura, será en su transformación un átomo de luz, que se agregue a ese maravilloso concierto que es la armonía universal.

Esto no equivale a declarar, que la muerte es para mí algo sin importancia. Necia vanidad sería afirmar tal cosa. La espero sí, sin esa temible inquietud que agobia a otros hombres. Y esto es para mí, una gracia más que me concede la vida, porque al amarla apasionadamente, sin temor a que nada la perturbe, la gozo y disfruto en toda su amplitud.

Pero basta ya de discurrir. Lo he hecho nada más que para demostrar una posición, un estado de alma, en lo que a mi fuero interno afecta. Porque en lo demás, si he gozado la vida intensamente, también la he padecido en grado máximo. Y cada vez que un amigo se ha ido en su viaje al misterio, yo he sufrido hondamente. Con esa sinceridad surgida de la lealtad de los afectos, que son el mayor tesoro de que puede disfrutar el hombre. ¡La amistad! ¿Quién ha podido decir con la elocuencia necesaria, todo lo que la amistad nos otorga, si es verdadera, si resiste todas las pruebas, y como los diamantes se embellece y adquiere formas, cuando a fuerza de golpes brota de su obscura clausura, para derramar su luz? ¡Bendita amistad, que me permitió convivir horas inolvidables con Domingo Melfi, este amigo y gran señor del espíritu, cuya partida nos deja como una lacerante herida, el recuerdo dulce y triste de lo que amamos y ya no podemos contemplar.

Porque Domingo Melfi era uno de esos seres que iluminaban el afecto con la noble plenitud de la amistad.

Cuando le conocí, recuerdo haberme sentido un poco desconcertado, ante su sonrisa un poco escéptica y su reserva cordial, que no era fácil disipar.

Pero poco a poco uno iba descubriendo lo que había tras aquella sonrisa, tras aquella reserva, una gran serenidad; una desencantada dulzura de flor que sabe habrá de extinguirse, de luz que un día se confundirá con las sombras. Melfi, era un gran compañero. Nos daba la sensación de que esa cristalina serenidad de espíritu a que había llegado, no se empañaría fácilmente.

Conocí a Domingo Melfi, a raíz de la publicación de mi libro «Por el bien de los hombres», prologado por mi amigo, el novelista Luis Durand. Ese libro fué profusamente comentado por escritores y críticos que yo no conocía, pues hasta entonces me mantuve alejado del ambiente literario. Para conocerles y expresarles mi gratitud por la cordial acogida que le dispensaron a esa obra, se me ocurrió reunirlos en una comida. Alrededor de una mesa, siempre el ánimo está más propicio a la charla y, en esa oportunidad, pude darme cuenta del afecto vivo y cálido que todos manifestaban al nombrar a Melfi. Mi curiosidad y anhelo de ser su amigo, se estimuló entonces y muy pronto pude conocerle por intermedio de Mariano Latorre y de Luis Durand, dos de sus amigos más íntimos. A ellos les debo mi amistad con Domingo. Y no fué súbita, sino en progresiva y gozosa lentitud que yo comencé a

apreciar sus finas y delicadas expresiones de efusiva camaradería.

Por ese tiempo, yo estaba empeñado en realizar una especie de limpieza de mi yo interno. Trataba de alejarlo de toda pasión mezquina, de todo impulso malo. Me parecía a ratos que eran vanas y absurdas pretensiones. Y debo confesar que cuando conocí a Melfi; me percaté que no era una loca pretensión mi empeño, pues en aquel nuevo amigo que la suerte me concedía, yo pude ver un espíritu superior que trataba de olvidar y disimular en sus inquietudes, a todos aquellos que no le interesaban o le habían rozado con las muestras del rencor y la envidia y sólo gozaba con recordar a los seres a quienes apreciaba, ya fuera como amigos o compañeros de letras. Sin egoísmos, ponía una línea divisoria entre él, y aquella gente que no tocaba para nada las vibraciones de su espíritu.

Era una posición que evidenciaba una aristocracia espiritual. Tal vez una adivinación del verdadero sentimiento de la vida. Así lo vi siempre. Risueño, cordial, sincero y afectuoso, en el leal ejercicio de la amistad.

Viéndole a diario, le admiré primero y sentí poco a poco robustecerse en mí, un cariño sincero y efectivo por él. ¡Felices los que vivieron y lograron dar sombra de paz a quienes les rodearon! Porque Domingo era un hombre en quien se podía confiar plenamente. ¡Maravillosas noches aquellas en que alrededor de una mesa, convivimos sus amigos, de su charla, de su

risa, de sus bromas afectuosas y gentiles! Las viandas y los manjares se olvidaban cuando la charla brotaba chispeante, leve y profunda, sustanciosa y juguetona, junto a la presencia de nuestro amigo Domingo Melfi.

Ahora él está descansando, dormido en el gran sueño. Pero su voz está en nuestro oído, su mirada está viva en la nuestra y su amistad sigue vibrando en nuestro espíritu. Amigo Melfi, si las almas siguen alentando, ¿verdad que usted está satisfecho de haber compartido su noble existencia, con los amigos que tan de veras le quisieron?

Sentimiento; viva y permanente nostalgia. Tristeza de recordar lo que el destino nos quitó. He ahí lo que yo no sé decirle a este amigo cuya compañía invisible permanece viva junto a mí. Porque Domingo Melfi, no se ha ido; seguirá siempre en nuestro pensamiento, como una luz orientadora, como una mano cordial, que no supo de veleidades al transmitirnos la vibrante calidad de su emoción.